



artículo

Construir una nueva educación

Por Martha Pereira Moncayo
(pereira.martha@outlook.com)

Hace más de tres décadas, Michael Ende (autor de *Momo*, *La historia interminable*, *El espejo en el espejo*, entre otras obras) creía que, sin darnos cuenta, estábamos librando la Tercera Guerra Mundial, con la diferencia de que esta era una guerra temporal, no territorial, y que la habíamos desatado contra nuestras propias generaciones futuras al dejarles un “mundo devastado en el que la vida será muy difícil para ellos” (Ende, 1996, p. 225). Al parecer, Ende tenía razón.

A casi a un año de la cancelación de clases presenciales, la gestión de la pandemia de este siglo en la mayor parte del mundo ha puesto en evidencia que cada vez menos pensamos en las niñas, los niños, los adolescentes y los jóvenes (NNAJ). Si bien es primordial salvaguardar la vida de estudiantes, docentes y familias, el cierre de las escuelas ha privado a NNAJ de sus espacios académicos, de libertad y de convivencia social (Plá, 2020; Tonucci, 2020).

Hablar del futuro de la educación y la educación del futuro puede parecer un juego de palabras; sin embargo, implica dos temporalidades y acciones distintas: actuar en el presente e imaginar el proyecto de educación que queremos para el futuro. Tenemos que tra-

bajar en mejorar las condiciones actuales, incluyendo el acceso a la conectividad y tecnología, dar formación y acompañamiento a docentes, aumentar la capacidad de respuestas de las autoridades, dar mayor apoyo a las familias, respaldar con recursos las decisiones de política pública, entre otros.

Empero, también, hay que imaginar de forma muy clara y precisa el futuro, a fin de que las acciones presentes abonen a ese proyecto. Esta es una oportunidad única para imaginar, de manera colectiva, una nueva “escuela” y decidir cómo queremos que sea la educación para esta nueva realidad que ha generado cambios irreversibles. Como adultos podemos preguntarnos, ¿cómo apoyo mejor a mis hijos?, ¿qué es realmente necesario e importante aprender?, ¿qué le doy a la educación?, ¿cómo exigimos una mejor educación?

Más importante aún es preguntar a los NNAJ: ¿qué extrañan de su escuela?, ¿cómo se la imaginan a futuro?, ¿qué quieren aprender y cómo quieren hacerlo?, ¿qué han aprendido fuera de la escuela? Escuchar sus voces, porque son ellas y ellos los que tendrán que navegar en la incertidumbre, y es de su futuro de lo que estamos hablando.

Personalmente imagino una educación sin distinción de calidad entre la educación pública y la privada, donde las autoridades y las familias confíen plenamente en el trabajo docente. Escuelas con espacios amplios y acordes a sus contextos, en donde los estudiantes se sientan seguros e incluidos, con libertad de participar y tomar decisiones sobre su porvenir. Donde se fomente la cooperación y no la competencia. Y donde los aprendizajes sean producto de la exploración, del debate, del arte, de la ciencia, del deporte. Una escuela donde la trascendencia y el éxito se midan por los aportes que hacemos para una sociedad más justa, solidaria y democrática.

Y ustedes, ¿cómo imaginan el futuro?

Referencias

- Ende, M. (1996). *Carpeta de apuntes*. Alfaguara.
- Plá, S. (2020). Apología por la escuela. En E. González Gaudiano y A. del Alba (Comp.), *Perfiles educativos. La educación entre la COVID-19 y el emerger de la nueva normalidad*, XLII, 170, 5-13. [versión PDF]. http://perfileseducativos.unam.mx/iisue_pe/index.php/perfiles/article/view/60181/52575
- Tonucci, F. (2020, abril 11). No perdamos este tiempo precioso dando deberes. *El País*. <https://elpais.com/sociedad/2020-04-11/francesco-tonucci-no-perdamos-este-tiempo-precioso-dando-deberes.html>



Los maestros cargamos con una responsabilidad ineludible cuando de leer se trata; sin embargo, no estamos autorizados para imponer nuestro criterio, aunque sí para sugerir desde el conocimiento y la experiencia los autores y títulos que consideramos habrán de “mover el piso” a nuestros estudiantes.

Dicho de otro modo, el gusto que pudo haber generado en nosotros una lectura no puede ser impuesto a los demás, a quienes tal vez las ideas de ese autor les resulten simples hasta la vacuidad o, por el contrario, inconmensurables hasta la postración. El extrañamiento, la curiosidad, los intereses y las apreciaciones cambian de un lector a otro.

Los personajes sienten junto a nosotros y se dejan vencer por situaciones que nos atañen: ahí nuestra decisión. Monique, en *La mujer rota* de Simone de Beauvoir, conmueve hasta la ira las fibras de una mujer que, como ella, espera del otro lado de la puerta la palabra que la reconstruirá. Dostoievsky, en *Noches Blancas*, deve-

la taciturnamente los más apasionados sentimientos de un hombre ingenuo y antisocial a quien la cercanía del amor lo llena de una esperanza que se frustra. Cortázar, en *Reunión*, nos lleva de la mano por recorridos pantanosos, para finalmente sentarnos junto a un héroe a mirar el cielo como señal de que esta cita fue solo un paso más hacia lo que aún falta por caminar.

Leer es un acto emocional que se transmite como una manía, y el libro es ese objeto de contagio que nos mueve el escenario. Leer es un acto de libertad por sí mismo porque es la puerta que comunica con un laberinto infinito, sin más minotauro que el agotamiento.

La llamada “nueva normalidad”, producto del confinamiento, ha modificado todo el sistema educativo. Es imperioso desarrollar procesos lectores en línea y apun-

tar sin duda a que los estudiantes sean autónomos en sus selecciones lectoras. Los docentes del área de Lengua estamos frente a una nueva misión: formar lectores responsables, capaces de discriminar la información y ser comprometidos y críticos ante ella; fortalecer las competencias lingüísticas orales y escritas desde los primeros niveles de la educación; enseñar a los estudiantes a organizar sus lecturas dentro y fuera del contexto escolar; generar empatía por los problemas humanos desde la función estética de la palabra.

En nuestra labor pedagógica, la Lengua es el objeto de estudio y la Literatura es su método; siguiendo esta premisa, no todas las lecturas son afines a nuestros objetivos didácticos. Sintámonos en la capacidad y con el criterio de modificar esas directrices, ya que no podemos mermar la libertad de los estudiantes y aún atentar contra la nuestra. Mas, no olvidemos que en esta gran obra que es la educación, cada palabra dicha o leída puede llegar a convertirse en una regla para esas vidas que están en formación.

Leer es un acto emocional que se transmite como una manía, y el libro es ese objeto de contagio que nos mueve el escenario.